

atrás sino encararse con ella. De algún modo, el duelo entre el ser, solo su alma, y la pareja que forman el sujeto y la consciencia.

Lo mismo ocurre con la crítica heideggeriana a la técnica, que Gadamer intenta desvincular de cualquier romanticismo. Más bien se trata de investigar el ser de la técnica, desdeñando la dictadura, no ya de la técnica como señorío del hombre sobre la naturaleza, sino la dictadura de las tecnologías regionales, la tecnocracia que invade el mundo de objetos abandonados en manos de unos sujetos anónimos e indiscriminados que ignoran el uso a que están siendo sometidos. Más ampliamente, es una crítica de picante actualidad que, a partir de Heidegger, cabe dirigir a nuestro mundo posmoderno: la pérdida del patetismo, una fe incondicional en la ciencia (sea la del marxismo ateo o la del capitalismo salvaje) que obliga al pensador a preguntarse si todavía tiene la filosofía derecho a existir. La sustitución de las religiones por el fetichismo del objeto eficaz y el enmascaramiento de los aspectos trágicos de la vida por el espectáculo de la vida, bloquean el espacio donde siempre prosperó la reflexión filosófica. El olvido de la sacralidad original y la negación del *pathos* enervan el saber.

Gadamer no se aparta de su situación discipular respecto a Heidegger pero tampoco se inhibe de ir marcando las indispensables distancias, las esenciales disidencias. Para él, para el alumno, la filosofía es el diálogo del alma consigo misma, conforme el dictamen de Platón. Pensar es dialogar, siquiera entre sujetos virtuales. En cambio, nada hay menos dialógico, más monológico, que el discurso heideggeriano. A veces, parece que Heidegger no escucha sólo a los demás sino que ni siquiera se escucha a sí mismo, en una suerte de sordo enviscamiento amniótico del ser, por decirlo a su manera. Dialogar no es sólo decir al otro, es escucharlo en cualquier lengua que se formule, más allá de la alemana y la griega que, para Heidegger, son las únicas capaces de filosofar. El alumno prefiere pensar, a cambio, en un diálogo universal y esencialmente babélico. No hay mismidad sin otredad. Sin ésta, aquélla ni siquiera puede ensimismarse. Igualmente con lo uno y lo múltiple, el ser y la apariencia, siendo ésta el ser aparente y no la ausencia de ser. Baste pensar que el alemán que Heidegger hablaba y en el cual escribía es un invento de Lutero, que germanizó el sistema de sufijos y prefijos del latín, con lo que nuestro teutón está produciéndose latinamente sin saberlo.

Gadamer elige pensar que el ser lo es de la especie humana, en cuyo caso no carece de sujeto, sino todo lo contrario, es un macrosujeto que actúa como meta deseable de todos los entes. El ser-con heideggeriano es ser con los demás, con los prójimos, con los semejantes, ser en sociedad, ser reconocido (y vuelta a Hegel, siempre tan volvedor). Por otra parte,

¿qué es la insistencia del ser en olvidarse de sí mismo sino el *conatus* de Spinoza, el querer ser para siempre en una suerte de proliferación infinita?

Cuando Heidegger se propone como crítico de lo moderno, se está incluyendo en la historia, o sea en lo que él denuesta como olvido del ser. Tímido y comedido, se lo indica Gadamer. La decisión fantástica de volver al origen siempre se toma en el tiempo, siempre la toma un ente, es decir que siempre es una decisión histórica. Buscar la unidad anterior al lenguaje, el adualismo fetal de los psicoanalistas o sentimiento oceánico, es dirigirse a un lugar que carece de dónde porque no se puede nombrar. Dicho de otra manera: no hay discurso del origen y sin discurso, no hay filosofía. Si existe un pensamiento averbal, es mágico. Aun cuando Gadamer intenta justificar el famoso *Es weltet* (ello mundeá, podría ser una neológica traducción) de su maestro como elocución sin sujeto ni consciencia, se lleva por delante, al menos, a dos sujetos: el impersonal del alemán y el indeterminado del lector, tan esencial en la filosofía gadameriana. Dos sujetos que se reconocen en la misma palabra, o sea que están señalando la duplicación característica de la consciencia.

Heidegger tuvo subjetividad, discurso, historia. En su peor momento, creyó que el retorno al origen y la unidad entre ser, fundamento y palabra se daban en el nazismo de Hitler. Gadamer opina que fue un fugaz error político. Bourdieu y, modestamente, quien suscribe, creemos que no, que Heidegger, más allá del nazismo concreto, fue siempre nacional-socialista y que creyó en esta ideología como la única válida ante lo que llamaba pensamiento planetario y sumisión del hombre a las tecnologías, lo que suele denostarse hoy como globalización. Esta opción no agota su obra, desde luego, que es mucho más rica que su autor, como suele ocurrir, pero tampoco la saca de la historia para llevarla al engañoso mundo del ser sin devenir. Por momentos, y con la sutileza que le es propia y la reverencia que el maestro le merece, el discípulo sospecha que Heidegger fue un ecléctico y que su difícil nomenclatura enmascara el desfile de tópicos que constituyen la herencia y el balance del pensamiento occidental en el siglo XX.

Antes que él, otro cercano contradictor de Heidegger había esbozado similares sospechas. Me refiero a Karl Jaspers³. Aparte de la proximidad generacional, coincidían en alejarse de la enseñanza oficial de la filosofía en Alemania, tarea inútil y vana. Jaspers nunca la cursó, dedicándose a la carrera médica y, más especialmente, a la psiquiatría. Por otra parte, toda creación verdadera es, en variable medida, autodidáctica y silvestre.

³ Cf. *Karl Jaspers: Notizen zu Martin Heidegger*, Piper, München, 1978.

En sus apuntes sobre Heidegger, el colega va deslizándose sus punzantes objeciones. No le parece mal la figura del ser que degenera desde el origen, en la deriva de la historia, sino el sesgo unilateral y absoluto que Heidegger da al fenómeno, lo mismo que en relación con el tiempo. El olvido del ser semeja la Caída de las religiones judeocristianas pero ¿desde dónde la piensa Heidegger? ¿Desde el pensamiento débil de la poesía, de la palabra que no tiene otro fundamento que la palabra misma, o desde el pensamiento fuerte de la teología, asentada sobre las admoniciones divinas y la inspiración? La respuesta de Heidegger es oscura y ambigua pero, según concluye Jaspers, no por razones de profundidad sino de indecisión. A veces —la figura es de Nietzsche— las aguas sucias y revueltas imitan la hondura.

Ciertamente, hay una existencia pero no sabemos dónde se produce la comunicación de las existencias para que sean, todas ellas, una misma existencia. La propuesta heideggeriana desagua, de esta forma, en una suerte de solipsismo sin Dios y sin mundo. El impulso que mueve al ser hacia los entes es tan intenso como abstracto y vacío.

Una radicalidad parecida halla Jaspers en la crítica de Heidegger a la tradición filosófica occidental. No es una crítica porque no involucra lo que critica, sino un cuestionamiento, porque prescinde de él. Heidegger cuestiona la filosofía desde la gnosis y su nihilismo leído en clave de ateísmo se convierte en el antihumanismo del Ser. En todos estos incisos aflora el peligro del radicalismo intelectual: si todo lo objetivo es falso ¿qué contenido objetivo tiene el decirlo?

Quizás el pensamiento radical sintomatiza un temor: no atreverse a salir de sí mismo. Ser tierra cerrada y circular, y no mundo abierto y de múltiples direcciones, por usar una figura heideggeriana. El hechicero de la Selva Negra tenía el paso vacilante y se apoyaba en los pasamanos del lenguaje para cumplir sus ensimismados paseos. Sus infinitas preguntas y su interrogación absoluta acaban ignorando el lugar desde donde se formulan, enmascaradas en el mito de lo lingüístico como tal, la palabra que encierra lo primigenio y verdadero, siendo capaz de iluminarse a sí misma. Como magia verbal es magnífica en manos de un poeta, pero perversa en las de un filósofo. Y Heidegger era más un mago que un filósofo, aunque se proclamara poeta y filólogo. Como todo mago, ambicioso y dotado de una fuerte voluntad de poder. Hipnótico, seductor, terrorista, como todo mago.

Su empresa radical, la de liberar al hombre para que sea lo que ya es, se toca fácilmente con los titánicos proyectos políticos de su tiempo, la creación del Hombre Nuevo, el homúnculo de las revoluciones de Lenin y Hitler. Sin caer en torpes reduccionismos, se puede advertir, sin embargo, que la adhesión de Heidegger al régimen nazi no fue un accidente ni una

eventualidad pasajera, como pretende el suave Gadamer. Antes que Hitler, el mago ya era un *Führer*, un dogmático conductor que exigía obediencia incondicional. Ciego a lo concreto de las ciencias particulares, tenía el sesgo absolutista de un guerrero que se esfuerza por conservar adherida al cuerpo la armadura que se resquebraja. En la intimidad rechazó el nazismo, como Jünger y tal vez Klages, pero todos cayeron en una hipócrita insinceridad, como si nada tuvieran que ver con campos de concentración y matanzas de rehenes. Un lenguaje adecuado para los absolutos e impropio del presente concreto puede llevar al fanatismo, que es la pasión por lo abstracto (de nuevo, el inevitable y certero Hegel).

La relación Jaspers-Heidegger es sintomática, tanto como la del mago y Gadamer, y nada digamos de la paralela con Hannah Arendt, estudiada cumplidamente por Elzbieta Eitinger. Los dos pensadores se escribieron durante décadas, pero a veces los huecos epistolares llegan a los seis años. Jaspers, por su parte, redacta meditadas cartas en 1942 y 1948, que no llega a enviar. Tampoco fue remitida la última, escrita en 1963 bajo el lema nietzscheano clásico: «Honro a quien ataco». Sospecho que la capacidad de inhibir por el terror que tenía Heidegger surtió su efecto. La comunicación se había roto tras muchos momentos de intensa tarea en común, a pesar de que Heidegger menospreciaba a Jaspers y éste sufría tratando de descifrar al otro. A Jaspers le molestó, especialmente, que el interlocutor dijera haber pasado a la oposición a Hitler ya en 1934.

Las disidencias eran hondas y antiguas. Jaspers recogía la propuesta de Platón: no hay filosofía fuera de la Ciudad, no hay pensamiento que no sea, de alguna manera, político porque –ahora cabe invocar a Kant– el objeto de la filosofía no es el saber sino la libertad, de la cual es un instrumento. Heidegger, en cambio, se remontaba a los presocráticos y reiteraba el proyecto de la Alemania luterana: esperar el Adviento, rezar con los demás pero no hablar con ellos. Ambos tenían un carácter epigónico y se sabían tales. No eran creadores como, en su siglo, lo son Bergson, Husserl o Wittgenstein. Jaspers lo admitió y Heidegger lo ocultó. En este juego de desvelamiento y disimulación también encontramos al mencionado siglo, nos encontramos todos.